

## LA LEYENDA DE ESCRICHE

Óscar Bribián

Todo era blanco alrededor. Llegaron por la carretera a las inmediaciones de Corbalán. Provenían de Tortajada, más al norte, para iniciar el ataque sobre las posiciones enemigas. Pese al viento gélido de diciembre, en los camiones el hacinamiento contribuía a paliar las bajas temperaturas, tanto por la cercanía de otros cuerpos como por el calor que produce cantar desafinando entre compañeros de brigada.

Al despuntar el alba vieron a lo lejos las casas del municipio, arracimadas alrededor de la colina, y desde allí llegaron los primeros obuses como recibimiento.

Los que iban en los estribos, por mero acto reflejo, se dejaron caer a tierra tras escuchar las detonaciones, y sus cuerpos rodaron pesadamente en la nieve.

Los vehículos frenaron en seco y los sargentos, desde las cabinas, mandaron bajar a todos.

—¡Bajad, me cagüen la hostia! —insistió un mando subiendo a la caja de uno de los camiones de la vanguardia y zurrando a los soldados más indecisos en la nuca con la palma de su mano.

De cada camión descendieron no menos de treinta hombres, agachando la cabeza instintivamente a cada impacto cercano de los obuses. Uno, dos, tres, cuatro... los disparos rasgaban el aire y cada detonación hacía estremecer los corazones. Los oficiales se desvivían por organizar a las compañías. En aquel paraje rodeado de helados campos de cultivo de cereal y grandes barrancos, el silencio solo lo rompían los cañonazos y los gritos desaforados de los mandos republicanos.

Antonio Torres, apodado cara de bronce por sus compañeros, fijó la vista en la colina e intentó descubrir la ubicación exacta del cañón, oculto probablemente tras una barrera de sacos o piedras. A su lado, el teniente usó los prismáticos y calculó que el obús se encontraba a no más de quinientos metros. Volvieron las descargas. El cañón tenía una cadencia rápida y efectiva. Antonio contó ocho disparos consecutivos hasta la quietud de la recarga, y los mensajes de plomo se hundían en la tierra con el mismo efecto para los hombres que el que ejerce el pico de un agricultor sobre un grupo desperdigado de hormigas. Eran un blanco fácil y les iba a costar mucho llegar hasta allí arriba.

Salvo por la actividad artillera, cualquiera habría dudado de la presencia de soldados nacionales en las mismas casas del pueblo. Pero los había. Tanto

soldados regulares como algunos aldeanos aguardaban detrás de los muros y esquinas desconchadas, sobre las tejas de arcilla en los tejados y tras las trincheras, con las culatas de los fusiles pegadas al hombro. No eran muchos, pero estaban bien aprovisionados de municiones y confiaban en su firme voluntad de resistir y en la ayuda que les prestaba el frío.

Las compañías del Ejército Popular confiaban también en su tesón y empezaron a avanzar con la dificultad que ofrecía la nieve. Llevaban sus uniformes remendados, las mantas enrolladas en bandoleras y los cinturones con escasa munición. Frente a ellos se veía la torre de la iglesia de San Pedro y las casas bajas de alrededor. Un paisaje de postal que pronto se enrojecería, pues algunas sombras se movían tras los muros de sacos terreros.

La mayoría de los atacantes siguió flanqueando el camino principal, el cual se intuía fácilmente bajo el manto blanco, descendiendo la suave pendiente que terminaba bifurcándose para rodear el centro del pueblo. Pequeños grupos se adelantaban para asegurar el terreno y registraban los dispersos corrales y graneros después de echar abajo sus portezuelas. Luego tomaban posiciones para apoyar a las compañías que avanzaban en línea recta, o intentaban rodear el pueblo para buscar otras alternativas de entrada.

No les separaban más de cien metros de las casas más avanzadas del pueblo cuando comenzaron los disparos de fusilería. Llegaban desde los tejados y las ventanas de los edificios de una o dos alturas. Eran tiros aislados que no parecían causar grandes estragos. Esto dio cierta confianza a los republicanos, que se expusieron un poco más, avanzando con mayor rapidez. Aun así caían los heridos al suelo, quejándose de disparos en el vientre o en la pierna, con la sangre y las fuerzas escapándoseles entre los dedos. En la vanguardia, un silbido rozó la oreja de Antonio, lo que le hizo agacharse instintivamente, y fue a impactar en la cabeza de un compañero. El hombre cayó de rodillas, aunque increíblemente seguía vivo mientras se palpaba aturdido el orificio del ojo reventado que le sangraba a borbotones.

Fue cuando estaban verdaderamente cerca cuando comenzó el tableteo de las ametralladoras. El aire se llenó de zumbidos y los hombres cayeron a montones. Pocos murieron en el acto. La mayoría de los heridos quedaron en el suelo, gritando de dolor y pidiendo auxilio a los que se replegaban. Algunos se rasgaron parte de sus camisas para practicar improvisados torniquetes en las extremidades de sus compañeros. Los camilleros traían vendas y botellitas de alcohol para las curas de urgencia.

Los oficiales ordenaron dispersarse. Después, tras varios minutos de vacilación, una granada de mano fue a caer en un nido de ametralladora y los ocupantes saltaron por los aires. Los disparos llegaban ahora de todas partes. Las balas eran mosquitos que fácilmente encontraban a sus víctimas y el avance parecía imposible. Hubo varias compañías que intentaron avanzar por sorpresa en múltiples flancos, pero todas ellas fueron repelidas sin encontrar un ángulo muerto por el que avanzar. El asalto había fracasado tras la primera

media hora y eso significaba que todo transcurriría a cámara lenta a partir de entonces. Los mandos ordenaron frenar el avance para estudiar otras opciones. Tendrían que coordinar mejor a sus hombres si querían tomar Corbalán antes del anochecer.

«¡Qué fácil resultaría si tuviésemos el apoyo de la aviación», pensó Antonio mientras permanecía oculto en una brecha en el terreno, con la mirada perdida en el cielo límpido. Una granada explotó cerca y pudo sentir el calor de la explosión. Las balas desmenuzaban los terrones de tierra a su lado.

—Trae pa cá el calor —masculló Matías, amigo y compañero de fatigas de Antonio desde que ambos hicieran juntos la instrucción en Ciudad Real. Hacía más de medio año de aquello y el envejecimiento prematuro se había cebado con ellos desde entonces.

Antonio cedió la cantimplora de coñac a su amigo, consciente de las miradas de recelo de los más próximos. Había que beber muy poco, apenas un sorbo, porque la noche sería muy dura si para entonces no habían tomado la villa. Cada cantimplora estaba asignada a ocho soldados, aunque era responsabilidad de Antonio, el más mayor de todos y en igualdad de rango, administrarla.

—Esos putos pájaros de metal nunca aparecen cuando se les necesita, y este puto frío de cojones nos va a matar a todos —añadió Matías carraspeando después de tragar el alcohol. Era delgado y su fino bigote ayudaba a distraer la atención de sus pobladas cejas.

Pájaros de metal. Así llamaba Matías a los aviones. Siempre decía que los cazas eran como halcones dorados a la luz del sol, y los bombarderos parecían palomas tirando excrementos una y otra vez. Antonio cara de bronce compartía la opinión de su amigo sobre la escasez de aviones. En realidad era una opinión generalizada. No había rastro de ellos desde que empezó la ofensiva en ese lado del país. Llevaban toda la maldita guerra pidiendo aviones pero sus apariciones eran demasiado esporádicas. Todavía peor era su efectividad. Pilotos demasiados jóvenes e inexpertos. «Solo los rusos traen buenos especialistas», había oído una vez decir al comandante Líster. Los soldados del Frente Popular estaban hartos de soportar los bombardeos enemigos en las ciudades. Sin embargo, cada vez que intentaban avanzar en aquella guerra, allí estaban los fieros nacionales, o los vanidosos italianos, o los eficientes alemanes con los aparatos más válidos.

—Oye, tú, ¿qué dicen esos? —preguntó Matías al soldado que ejercía de enlace entre los mandos y que en ese momento corría cerca de ellos para transmitir nuevas órdenes a quienes aguardaban en otros puntos alrededor del pueblo.

—Sabes que no puedo decirlo —replicó aquel mientras se alejaba.

—Con un batallón de tanques los freíamos rápido —masculló Matías.

—Solo vendrían si esto fuera imposible tomarlo por nuestra cuenta —contestó Antonio—. Sabes que hay otros destinos más importantes.

Había cuarenta mil soldados republicanos movilizados en un frente que cercaba los pueblos de los alrededores de la capital turolense. Pese a que el contingente disponía de unas ciento cuarenta piezas de artillería y tres batallones de tanques, aquellos terrenos abruptos eran para la infantería, encargada de evitar las troneras de los nidos de ametralladora e ir ganando terreno poco a poco. Los tanques rusos se destinaban realmente a la tarea de cortar la carretera de Zaragoza que aprovisionaba a Teruel y tomar posiciones en el suroeste para evitar ataques desde la provincia de Cuenca, al mismo tiempo que serían fundamentales para el asalto a la ciudad. Pero todos los soldados de la brigada procedentes de Tortajada anhelaban el apoyo pesado en aquella situación. Tomar aquel pueblo iba a costarles caro.

Al poco tiempo los mandos dieron la orden de avanzar por todos los flancos. Las ametralladoras reanudaron su nervioso repiqueteo y los "pacs" de los fusiles se hicieron incesantes.

Antonio y el grupo al que pertenecía avanzaron por la calle Barranco, que se bifurcaba ante ellos, y luego tomaron el desvío de la izquierda para alcanzar cuanto antes la plaza del pueblo, guiándose por la posición de la torre de la iglesia. En realidad avanzaban muy lentamente, dejando hondas huellas en la nieve mientras se protegían tras los muros de piedra arenisca de las casas y los tapias de barro y paja. Desde lo alto de la colina seguía tronando la posición artillera y desde allí y los tejados era fácil hacer blanco sobre los atacantes. Pero los defensores, afortunadamente, no parecían muy numerosos. Dos maniobras envolventes y varias granadas de mano consiguieron eliminar a los tiradores de otras dos ametralladoras.

La población se erguía en lo alto de una loma, flanqueada por dos barrancos. Las calles se retorcían sinuosas y los hombres tuvieron que combatir calle por calle, superando la nieve y las pronunciadas pendientes y a los defensores apostados tras las esquinas y los tejados. Desde el campanario de la iglesia se escuchaban también disparos y tras los resquicios de algunas puertas y ventanas asomaban de cuando en cuando escopetas de caza.

De pronto, un obús impactó en la ermita de la colina y del techo saltaron por los aires muchos cascotes. Se oyeron vítores de parte de los atacantes.

—¡Hostia! ¡Eso es otra cosa! —gritó Matías, celebrando el apoyo del mortero. Pese al retraso, las piezas de artillería republicanas inspiraban mayor confianza en el avance.

Llegaron hasta un punto donde la calle por la que transitaban quedaba bloqueada por un muro de sacos terreros. Tras estos se adivinaban los cautos movimientos de los nacionales. Antonio, Matías y otros cinco soldados se internaron en el zaguán de una casa cercana y tras comprobar que no había moradores decidieron parapetarse allí. Desde las ventanas podía apuntarse hacia los sacos terreros.

—¡No os asustéis, rojillos! —se oyó decir a alguien desde detrás de los sacos.